

Memorias de un oficio en cuenta regresiva

Leidy Jisela Belacázar López

leidybelalc@unicauca.edu.co

Universidad del Cauca

Memorias de un oficio en cuenta regresiva

Resumen: Este ensayo cuenta la historia de una contadora que se sumerge en una reflexión sobre cómo la tecnología transforma su profesión y su forma de ver el mundo. Lo que antes fue un sueño, poco a poco se convierte en una experiencia que la lleva a cuestionar la pérdida de autonomía y el valor real de su trabajo. A medida que la inteligencia artificial asume tareas cotidianas, la línea entre la eficiencia y el pensamiento humano se vuelve cada vez más delgada. La protagonista se ve en medio de una encrucijada donde el automatismo amenaza con desplazar la esencia de su oficio. De manera que este ensayo invita a cuestionar el papel del contador en un entorno cada vez más digitalizado y a recuperar el sentido humano detrás de los números, la precisión y la productividad.

Palabras Clave: Inteligencia Artificial (IA), automatización, contabilidad, autonomía y productividad.

1. Sombras de un oficio

Es viernes y el reloj marca las 7:00 p.m. Todos se han ido y aún no termino de firmar los informes. Miro la pantalla y me arden los ojos. A través de la ventana, la luna me devuelve su reflejo. Lo único que se escucha es el sonido de mis dedos dando clics. Siento que ya no soy yo. Mi conciencia quedó atrapada en una máquina que observa, manipula y produce. Recuerdo cuando esto comenzó, era muy joven e inexperta. Conseguir este empleo, era un sueño hecho realidad. Pensaba que por trabajar en una de las empresas más reconocidas del país, estaba a punto de hacer parte de algo importante. Trabajaba como un tren a toda marcha, como un servicio que nunca descansaba. Tenía la idea de que entre más me esforzara, mejores resultados obtendría. Al desempeñar mis tareas de contadora, mis jornadas oscilaban entre cifras, reportes y metas de fin de mes. Las distracciones que mi mente no admitía, mi cuerpo las cobraba con el precio de mi bienestar. Se trataba de una pérdida vital que se registraba oculta entre la fatiga, el estrés y la desconexión.

Con la mirada perdida sobre el calendario, pienso. Soy la capitana que da instrucciones, pero quizás... perdí el timón sin darme cuenta. Vienen a mi memoria algunos discursos que resaltan el hecho de que somos seres libres de elegir dónde queremos estar. Desde hacía semanas, el nuevo software que adquirió esta compañía me corrige antes de que termine una frase, anticipa cifras que aún no pensaba calcular, y me recomienda atajos con una precisión casi insultante. Es entonces, cuando me percibo como una contradicción constante. A Voltaire se le atribuye la frase: “el hombre es libre en el momento en que desea serlo”, y en este instante desearía ponerme de pie y atravesar la puerta, convencida de que mi decisión es un acto de libertad. Sin embargo, este autor también advertía que, “es difícil liberar a los necios de las cadenas que veneran”. La libertad, por tanto, no siempre es tan evidente ni tan fácil de ejercer. Sin darme cuenta, terminé atada al trabajo, atrapada en una red invisible. Ahora, la tecnología, que nació para agilizar nuestras tareas y proporcionarnos tiempo libre, se ha convertido en una

mazmorra silenciosa ¿Será que en este mundo hiperconectado, la desconexión real es una utopía, cuando ya no basta con apagar el computador para desconectarse porque las obligaciones siguen llegando al móvil?

A lo largo de los años, he construido muchas cadenas con mis propias manos de forma inconsciente, y a eso he llamado libertad, quedando sujeta a mis convicciones, principios, deber o compromiso. Como advirtió Lessing (1986) vivimos en cárceles que elegimos, no porque nos obliguen a hacerlo, sino porque hemos sido educados para obedecer y no cuestionar. Así, me he visto presa de un juego que yo misma he dirigido mediante decisiones normalizadas. Por ejemplo, siempre veneré la cadena de la eficiencia, convencida de que automatizar era sinónimo de mejorar. Recuerdo que hace seis años, en un Foro Económico Mundial de 2023, Baldwin, un economista norteamericano dijo: “La IA no le quitará el trabajo, es alguien que la utiliza quien le quitará el trabajo” (Georgieva, 2024). Todos aplaudimos mientras sentíamos el deseo por alcanzar esos nuevos altos estándares, pero nadie preguntó qué pasaría después de adaptarnos. Ese “después” finalmente ha llegado. Así, como Santiago Nasar tenía las horas contadas, nuestra profesión recibió una sentencia inminente desde hace tiempo, que poco a poco cedió su mando a manos invisibles, una energía en estos días, omnipresente.

Al contemplar el reflejo desfigurado de mi cuerpo en el vidrio, desconozco un poco aquella figura. Me pregunto si, como mi reflejo, también mi percepción del mundo se ha ido transformando influenciada por los cambios a mi alrededor. Como sujeto social, no soy una burbuja flotante en medio de la nada. Soy más bien, un embrión conectado por un cordón umbilical invisible a mi entorno que no solo me alimenta, sino que también me controla, me aprisiona. Soy heredera de diversos pensamientos, hábitos y ritmos que me condicionan, ahora sé que no nací libre. Como ya advertía Fran Boaz (Kahn, 1975), “La cultura incluye todas las manifestaciones de los hábitos sociales de una comunidad, las reacciones del individuo en la medida en que se ven afectadas por las costumbres del grupo en que vive, y los productos de las actividades humanas en la medida en que se ven determinadas por dichas costumbres.” (p, 11). Mi sentir y mis ideas se modifican con lo que va sucediendo en el presente, reconfigurando mi realidad. Los cambios estructurales evidencian cómo la tecnología también influye en las transformaciones culturales, moldeando cada vez más la percepción del mundo, alterando la manera en que las personas lo habitamos.

Mi perfil profesional, al igual que mi yo interior, se han ido moldeando por los lazos invisibles del tiempo, así como por los avances y paradigmas sociales y tecnológicos. He visto cómo las actividades cotidianas que solía hacer, han ido cambiando, y cómo esos cambios me han repercutido en mi ser. Por la presión social, en mi mente se instauró el virus de la eficiencia y la productividad, que se propagó a áreas privadas de mi vida, destruyendo mi noción de descanso y resignificándolo como una culpa. Todo se ha reducido a dar el 100% de mi capacidad, enfocándome en lograr un solo objetivo, el éxito profesional. Estos estándares sociales se infiltran como normas inquebrantables en mi mente; casi sin notarlo, reproduzco esos rasgos compartidos, esos discursos dominantes de avance tecnológico que, bajo la apariencia de progreso, moldean mis rutinas. Como diría Platón en La República, “están desde niños en una morada subterránea, con las piernas y el cuello encadenados” (Calva González, 2013), y así me descubro yo, encerrada

en una caverna hecha de piedra, reproduciendo rutinas ante las pantallas que proyectan sombras de lo que llamamos progreso.

Como lectora de cifras, deambulo entre calendarios, registros, balances y eficiencias sin respiro, moviéndome al ritmo implacable de un reloj suizo. En medio del ritmo acelerado y el estrés normalizado del estilo de vida moderno, la tecnología evolucionó como una tregua frente al agobio rutinario. La promesa de los constantes avances tecnológicos es un ibuprofeno para mi ansiedad y una mano extra que alivia mi carga laboral. Su promesa de adaptación, evolución y mejora la vuelve deseable. Así, el desarrollo tecnológico, aunque nace de estudios científicos y se orienta a resolver necesidades humanas (Carmona Henao & Muñoz Ruiz, 2020), poco a poco se impone como una forma de control. De modo que, esta sensación de alivio temporal que me ofrece la tecnología no es gratuita; como advierte (Rodrigues, 2021, p. 9) retomando a Scott (2009), la creciente dependencia de las herramientas automatizadas está transformando la profesión contable hasta el punto de amenazar la existencia del contador tradicional. Lo que en un comienzo se presentó como una ayuda, en una perspectiva más amplia y con los años, los avances tecnológicos parecen ser el preludio de la extinción de varias funciones contables.

Aunque las herramientas automatizadas como la Inteligencia Artificial (IA) o la Realidad Aumentada (RA) pretenden ser entes neutros, en verdad, están transformando el trabajo, la educación y la comunicación al reconfigurar los estilos de vida de sus consumidores bajo la lógica de la eficiencia (OECD, 2019). Pero también es cierto que, en nombre de esa calidad de vida que busco y del bienestar que anhelo, estoy renunciando paulatinamente a mi autonomía, como parte de una tendencia más amplia que, como advierte (Alonso, 2014), ha penetrado incluso en la formación de los futuros contadores. Es decir, en los programas moldeados por la lógica del mercado, centrados en la eficiencia y la productividad, moldean profesionales funcionales, pero cada vez menos críticos. Así, en la medida en que reemplazo el agobio de las tareas prolongadas por la dependencia de herramientas que optimizan el tiempo, termino sustituyendo una cárcel por otra. Esta dinámica, en el plano profesional, se traduce en una dependencia hacia herramientas tecnológicas como el software contable o la IA, que diluyen nuestra libertad de pensamiento y acción.

Han transcurrido treinta minutos más. Según el sistema, en este momento, encajan todos los números en los balances financieros, pero mi sentido de productividad lo encuentro en cero. A veces, siento como el potencial que se enriquecía con mis cálculos mentales y análisis críticos, se ha ido minimizando a medida que solo me limito a observar cómo se llenan los espacios en blanco con unos cuantos clics. La creciente automatización y dependencia de las herramientas tecnológicas en la contabilidad, están amenazando la autonomía del contador limitando su pensamiento crítico a la par que amenaza su humanidad, erosionando su criterio y su identidad (L. Williams & Benson, 2025). Como escribió (Robert, 1993), “su armadura no le dejaba sentir apenas nada, y la había llevado durante tanto tiempo que había olvidado cómo se sentían las cosas sin ella.” (p. 4). Del mismo modo, el contador se transforma en una pieza más, atrapado en un sistema más mecánico e inerte. Y así, el esfuerzo que una vez fue arte y discernimiento, hoy enfrenta un destino tejido por algoritmos, donde la autonomía se diluye y el bienestar queda subordinado a la fría eficiencia de la automatización.

2. Instrucciones de uso

Suena mi alarma nuevamente temprano en la mañana. Entreabrir mis ojos y dirigirme a la empresa, reproduzco un ritual casi automático. Desayuno, reviso las noticias nuevas y doy un vistazo al correo para asegurarme de que no haya surgido ninguna “emergencia” durante la madrugada. Conduzco hasta la empresa y, en las calles, coincido con conductores que miran sus móviles mientras los vehículos avanzan en piloto automático. Comienzo a imaginar cómo se sentiría mi auto si tuviera sentimientos; pues es, precisamente, lo que experimento en mi trabajo. Es como aquella frase de Antoine de Saint-Exupéry que describe la insaciable insatisfacción humana: “–Los hombres –dijo el principito– se meten en los trenes, pero no saben a dónde van. No saben qué quieren ni saben qué buscar...”. Del mismo modo, nos movilizamos por el mundo tratando de perseguir sueños, qué en el proceso de cumplirlos, los abandonamos. Esos anhelos terminan apagándose, diluidos entre lo ordinario y cotidiano del día a día.

Casi siempre al llegar a la oficina, saludo con un “Buenos días” y quienes me escuchan me regresan el saludo, mientras otros, apurados, corren de un lado a otro con auriculares puestos y solicitando acceso a información confidencial a la persona que les responde del otro lado de la línea. Extrañamente, esta mañana fue diferente; al entrar, noté enseguida que no había nadie y el eco de mi voz resonó en la sala. Trabajé durante dos horas, pero la repetición de las mismas acciones se acumuló en mis ojos, despertando una fatiga que me hizo desear una siesta. Como no podía tomarla, preferí salir.

En la cafetería estaban todos. Comentaban de voz en voz, el rumor de que la empresa acababa de adquirir un nuevo sistema inteligente que podía elaborar estados financieros completos en segundos. “No se preocupen —decían algunos—, siempre hará falta quien lo supervise”. Lo decían con el mismo tono de seguridad con el que, en su momento, llamaron loco a Einstein cuando reformuló las leyes de la física, o a Goya, incomprendido por su estilo inquietante y excéntrico antes de ser reconocido como un genio. Quizá por eso, mientras escuchaba aquellas palabras, me descubrí pensando en cómo era todo antes de que se perdiera el freno ante el nuevo virus de la innovación tecnológica, que impactó todo con el desarrollo de la IA; una presencia desconocida que, vista al principio con recelo, terminó transformándose de complemento a artefacto indispensable, cambiando por completo la manera en que trabajamos.

Con cada escalón de regreso a mi oficina no puedo evitar preguntar al viento ¿Qué mérito hay en una exactitud sin rostro ni esfuerzo?, me grita el corazón que no puede desvanecerse tan pronto todo lo que me ha llevado años construir. Regreso al software para corroborar la información frente a mí. Tardé una hora menos de un cuarto para confirmar. Hice una pausa y me recliné en la silla. Rodeada de recibos, libros y documentos financieros, comprendí algo: las fechas entrelazan las cifras de compras, ventas, retenciones y abonos. ¿Podría pensarse que la contabilidad funciona como una máquina del tiempo? En efecto, se viajaba en el tiempo con cada cifra revisada. En cada registro contable se reconstruye una historia. La contabilidad permite registrar hechos del pasado, tomar decisiones en el presente y proyectar estrategias hacia el futuro.

Sin embargo, hablar de una máquina del tiempo en estos tiempos, no suena tan descabellado teniendo en cuenta lo que ofrece el mercado. Si antes ese viaje temporal dependía de mi capacidad para conectar los hechos, ahora parece que la tecnología puede hacerlo mejor. No se trata solo del nuevo sistema que esta mañana comentaban en la cafetería. Afuera, ya ofrecen herramientas que llevan esta idea a otra dimensión, desde IA que automatizan procesos completos, hasta gafas capaces de superponer datos y gráficos sobre la realidad que vemos. Un ejemplo es la empresa XREAL, que ha incursionado en el terreno de la RA con el lanzamiento de las gafas XREAL Air 2, livianas y discretas, capaces de convertir cualquier lugar en una sala de cine, un tablero o una consola de videojuegos. Su promesa es la de brindar productividad y entretenimiento al alcance de la mano. Como señala Carter (2024), este cambio en la recepción del contenido abre alternativas cómodas y accesibles, reconfigurando los modos tradicionales de consumo y optimizando el tiempo, tanto en la oficina como fuera de ella. Según proyecciones, para el año 2025 su nivel de adopción podría ser similar al de los computadores personales, debido a las importantes inversiones que se han realizado en el desarrollo de aplicaciones, software y dispositivos con esta tecnología (Fernández, 2019). No obstante, ¿Esto no causará un problema más grave en un futuro generando una dependencia más fuerte bajo el discurso de mayor eficiencia?

Y es que, en el caso de las herramientas tecnológicas como la RA y otras innovaciones, ya no se trata únicamente de entretenimiento, sino que han atravesado esa línea para convertirse en instrumentos de productividad en el caso del ámbito profesional. En este escenario, las experiencias inmersivas dejan de ser un lujo para convertirse en medios de precisión en un mundo profesional que exige adaptabilidad constante. Para el contador público, comienza una era digital donde ya no es suficiente con registrar cifras; se requiere ser arquitecto del cambio y dominar recursos digitales. De acuerdo con García (2018, como se citó en Carmona Henao & Muñoz Ruiz, 2020) “este mundo cambiante lleno de información, innovaciones y avances tecnológicos, que conlleva nuevas normatividades y un nuevo enfoque de los negocios, hace que el ser humano se adapte o quede rezagado.” (párr. 1). Por lo que adaptarse, sin embargo, no significa abrazar a ciegas cada innovación; se necesita discernimiento, pues las mismas herramientas que potencian el trabajo del contador, como la IA que automatiza tareas rutinarias, también pueden convertirse en una amenaza para su rol. Quien no logre cruzar este puente de innovación se quedará atrás, contemplando cómo los recursos que prometían facilitar su labor terminan reemplazándolo.

Esta transformación impacta tanto el desarrollo individual como el entorno laboral. Las empresas valoran cada vez más a los profesionales capaces de manejar equipos tecnológicos complejos y de actuar con visión estratégica. Aunque los avances en automatización e IA pueden generar nuevas oportunidades laborales para perfiles más cualificados, también implican el riesgo de que las tareas que antes requerían juicio, análisis y creatividad queden en manos de sistemas que carecen de criterio humano. Por ello, los contadores del futuro deberán encontrar un equilibrio entre aprovechar las herramientas tecnológicas para potenciar su trabajo, desde una percepción crítica, la ética profesional y el valor insustituible de la experiencia humana en cada decisión financiera (Ramos Sánchez et al., 2024, p. 50).

El final ya estaba escrito desde 2024, cuando las compañías competían por presentar modelos de IA cada vez más completos, sin que muchos parecieran preocuparse por sus implicaciones. Para 2025, como señalan Pérez-Martínez et al. (2019), el interés por la RA ha alcanzado niveles significativos en la educación y los negocios. He visto cómo algunas compañías han comenzado a usarla para presentar en tiempo real sus estados financieros, flujos de caja y otros informes contables (Anderson & Hosseini, s. f.), integrándola incluso con sistemas ERP como SAP para agilizar procesos y fortalecer la toma de decisiones. Estas experiencias se muestran tentadoras, pero la realidad es que estos artefactos actúan como una cuenta de pasivo en nuestra vida, en donde cada crédito aumenta la dependencia y reduce la libertad; cada débito es un intento desesperado de restar la carga laboral que pesa sobre nuestros hombros. Así, el saldo acumulado nos confronta con la necesidad de replantear la dignidad de un oficio que exige análisis profundos y no solo movimientos mecánicos frente a una pantalla.

Es paradójico pensar que el contador rara vez es reconocido como el ser humano detrás del traje; en cambio, tiende a ser percibido como el profesional multidisciplinario, capaz de desempeñar múltiples responsabilidades al mismo tiempo. Su labor se lleva a cabo en un entorno que exige estándares altos tanto éticos como normativos y profesionales. Sin embargo, esta exigencia puede manifestarse como desgaste físico, mental y emocional significativo, debido a las múltiples labores que debe asumir con un tiempo limitado. Según el régimen disciplinario establecido por la Junta Central de Contadores (citado en Betancur, 2014), el contador público puede desempeñar funciones tal como: revisor fiscal, auditor externo e interno, jefe de contabilidad, visitador estatal y perito técnico-contable, entre otros roles estratégicos (Ley 43 de 1990, art. 7). Esta gama de funciones evidencia que este ejercicio requiere una atención constante para evitar errores con una implicación legal, además de una capacidad de adaptación a entornos cambiantes.

En ese sentido, incursionar en mecanismos innovadores como la RA puede fortalecer competencias tecnológicas y abrir nuevas posibilidades a un amplio abanico de responsabilidades. Un ejemplo es el estudio “Realidad aumentada de documentos contables aplicando el cálculo de porcentajes e interés simple y compuesto”, mediante el cual se diseñó una aplicación para mejorar la visualización e interpretación de documentos como facturas y pagarés, ofreciendo explicaciones interactivas y cálculos automatizados (Cangui et al., 2020). Esto evidencia cómo la RA se convierte como un aliado estratégico en el aspecto profesional, permitiendo presentar y analizar los datos financieros de una forma más visual que favorezca la manera en que se toma una decisión con mayor fundamento y transparencia.

De vuelta en la oficina, permanecí inmóvil unos minutos mirando a través de la ventana. Reflexioné sobre algo más, ¿Y si las gráficas, los estados financieros y los presupuestos dejasen de verse como líneas y números simples, y se convirtieran en escenarios tridimensionales? Al igual que el doctor Brown convirtió un DeLorean en una máquina del tiempo, la RA podría transformar el aprendizaje de la contabilidad que conocemos, permitiendo explorar otros futuros posibles y prever con mayor facilidad el impacto de nuestras decisiones.

La educación ya ha comenzado esta transición. Como señala Murillo et al. (2024) “la innovación educativa ha emergido como un elemento clave para mejorar la calidad de la enseñanza y responder de manera eficaz a los retos que plantea el entorno cambiante de la educación” (párr. 4). Es aquí donde las Tecnologías del Aprendizaje y el Conocimiento (TAC) han facilitado el paso a un modelo centrado en el estudiante, promoviendo su participación y su autonomía (Rodríguez et al., 2025, p. 11). Zapata-Ros (2013, como se citó en Pérez-Martínez et al., 2019) denomina “tecnologías disruptivas” a aquellas que rompen esquemas convencionales y replantean prácticas educativas. Visto de esta manera, la tecnología ya no es un complemento, ahora es un requisito por desarrollar. Entonces, me pregunto, ¿es posible que, a mayor número de herramientas tecnológicas, mayor será la capacidad de adquirir conocimiento?, pero al mismo tiempo, ¿se disminuye el desarrollo cognitivo profundo al sustituir el análisis reflexivo por la inmediatez y la facilidad que ofrece la tecnología?

Ya es mediodía. Escucho los pasos de mis compañeros en el pasillo; seguramente están ansiosos por la reunión de esta tarde. Recibimos una notificación en el calendario, se denominaba “Momento Magnus”, para recordarnos que algo importante está por ocurrir. Guardo mi teléfono en el bolsillo y me uno a ellos para almorzar. Durante la jornada rara vez coincidimos; el contacto físico que antes ocurría al cruzarnos en los pasillos se fue difuminando con las nuevas políticas de la empresa. De modo que, si quieres saber de alguien, debes enviarle un par de caracteres y esperar a que pueda responderte. Con el cotilleo de las mesas, consigo confirmar lo ansiosos que todos se encuentran por saber qué ocurrirá hoy.

Ralph Waldo Emerson lo resumió con claridad: “Siempre estamos preparándonos para vivir, pero nunca estamos viviendo”.

Pero como casi todo lo que es en exceso, se convierte en un riesgo. El cargo desmedido del pasado y el abono exorbitante del futuro nos aleja del presente, el activo máspreciado que tenemos, y que es capaz de darnos el balance perfecto en una partida doble. En este momento, parada frente al cristal, recuerdo cuando empecé estudiar, quería ayudar a otros a administrar mejor sus ingresos y que eventualmente todas sus dificultades financieras se liquidaran. Era una opción para ordenar el mundo, y aumentar el presupuesto a la esperanza. Pese a que hice muchos malabarismos para mantener el balance en mi vida, siento que el tiempo se agota mientras se escurre entre mis dedos. Ahora me pregunto ¿Cuándo dejamos de mirar más allá de números y olvidamos sumar abrazos?, ¿en qué momento mi “yo” empezó a difuminarse entre las horas extra, los informes y la prisa infinita de un alto rendimiento?

El reloj marcaba las tres de la tarde y el momento había llegado. Observo entre las persianas a mis compañeros dirigirse hacia la sala de juntas. Mis pasos se quedan atrás con respecto al de ellos, como queriendo calmar el palpitar de mi corazón. Se siente como si cada latido se alinea perfectamente con el sonido del segundero. Entramos y nos sentamos, observando una caja enorme frente a nuestros asientos. Solo había silencio, expectante, aguardando la entrada de nuestro director.

—Detecté un posible caso de fraude —dijo Charles, mostrando los documentos—. Pero nadie lo consideró relevante, o lo pasaron por alto.

El supervisor suspiró.

—Hemos decidido tomar cartas en el asunto. Se hará una revisión exhaustiva de lo ocurrido y se descubrirá quién lo hizo. Para eso usaremos una IA que lo resuelva, por lo que haremos llegar a sus correos el siguiente paso a seguir.

En ese momento, una notificación apareció en todas nuestras pantallas al unísono. Sin pensarlo, abrimos el mensaje: era el enlace de autorización para el tratamiento de datos por una IA. Desde ahora, deberíamos trabajar únicamente con su base de datos, y cada detalle que registramos quedaría almacenado de forma permanente. Se escucharon murmullos dispersos, una mezcla de sorpresa y desconcierto; otros, en cambio, guardamos silencio, sin saber si era por la impresión o por el temor de lo que aquello significaba.

Entonces, Charles, con un bisturí en la mano, cortó la cinta de la caja que yacía en el centro de la sala. Varios técnicos se acercaron para ayudarlo a sacar a NOVA-4.0, lo último en aprendizaje profundo, diseñado con algoritmos especializados en contabilidad. Su función es detectar errores, emitir alertas y optimizar los procesos. Lo único que necesitaba para operar era que los datos se cargaran en su sistema.

Con ella, el proceso de rastreo de la información del fraude tomaría poco tiempo. Deberíamos esperar alrededor de media hora en la sala para una respuesta. Durante ese lapso, mientras los técnicos trabajaban, recibimos una breve capacitación sobre su funcionamiento, pues después de la reunión, solo tomaría un par de horas más para que esta IA estuviera instalada en el computador de cada uno de nosotros. Los minutos pasaron mientras tomábamos nota de las instrucciones más importantes.

Según Cruz-López & López-Camacho (2024), un estudio de Bongianino et al. (2019) señala que la IA ha automatizado y mejorado procesos contables como facturación electrónica, conciliación de facturas, conciliaciones bancarias, cierres contables, nómina electrónica, documento soporte electrónico y presentación de impuestos mediante firma electrónica (p. 88). Este tipo de avances convierte herramientas como NOVA-4.0 en un actor estratégico dentro del entorno contable, optimizando tareas que antes requerían intervención humana constante.

Al cabo de ese tiempo, los técnicos dieron la señal a nuestro director: la respuesta había llegado. Ya tenían las coordenadas del lugar, el nombre y el modo en que se había llevado a cabo el fraude. Charles llamó a la policía para que, mientras se nos comunicaba la información, ellos llegaran a tiempo.

—Bueno... —prosiguió Charles— parece que tenemos un ganador. Le daré solo una oportunidad para que se entregue por voluntad propia o procederé a decir su nombre, y deberá acompañarme a la primera planta para ser apresado por la policía.

Transcurrieron unos cuantos segundos; parecía que no había respuesta, y Charles se acercó a la puerta para abrirle paso a los oficiales. En ese momento, un sonido rompió el vacío. Era mi amigo Michael, que levantaba la mano.

—¿Sí? —preguntó Charles.

—Fui yo... y quisiera cooperar para obtener una rebaja en mi pena.

No podía creer lo que acababa de ocurrir. Aún terminado el incidente, hasta la noche estuve reproduciendo toda la escena en mi cabeza una y otra vez, tratando de comprender el porqué.

Los días pasaban como en bucle, con las mismas dinámicas. El reporte de los estados financieros empezaron a llegar en perfecto estado a la pantalla justo frente a mis ojos, mientras yo pasaba la mirada entre las diferentes columnas para verificar. Después de un par de horas, ya firmaba sin leer. No porque no quisiera, sino porque el nuevo sistema no me dejaba intervenir demasiado. Había intentado corregir un error que para mí era evidente, pero el sistema me bloqueó. “La IA ha determinado que todo era coherente dentro de su algoritmo.”, decía el mensaje. Quise indagar más, pero la inteligencia había validado el informe como “óptimo”.

Me dirigí a mi supervisor —un hombre de sonrisa pálida— era uno de los pocos que quedaban, pues muchos de ellos fueron asignados a desarrollar otras tareas. Al entrar en su campo de visión, me preguntó:

—¿Todo en orden?

—¿En orden para quién? —pregunté con un nudo en el pecho.

El hombre hizo una pausa, incómodo. Le puse al tanto de la situación.

—No podemos hacer nada al respecto si así lo marca el sistema.

Le cuestioné de inmediato.

—¿Te has vuelto loco? ¿Y si se trata de un error? ¿Y si Michael tan solo se asustó porque no sabía cómo iba a salir de eso sin pruebas?

—Ya fue suficiente —me respondió.

—¿No tienes ética? —pregunté.

—La ética fue eficiente... hasta que dejó de ser rentable —contestó.

Regresé a mi escritorio, molesta, y pensé: “Quiero ser contadora para que los números cuenten la verdad, no para esconderla”. Y en ese momento supe que no iba a quedarme. Me siento como el principito cuando exclama: ¡Qué planeta más raro!, es seco, puntiagudo y salado. Y los hombres carecen de imaginación; no hacen más que repetir lo que se les dice. Los empleos como este, parecen extraños e incluso abusivos, pero lo

cierto es que pueden llegar a ser de lo más común. De quedarme allí, dejaría de trabajar con la máquina para empezar a trabajar para ella. Lo cual iba en contra de mi visión del mundo. Se suponía que la tecnología me proporcionaría más tiempo, pero la automatización no me liberó, solo aceleró mi paso dentro del mismo laberinto. Al principio la IA me ofrecía atajos que parecían leer mis pensamientos y simulaciones que me ahorran horas de cálculo, pero al final, aquella ventaja terminó siendo un retroceso para el desarrollo de mis capacidades cognitivas.

La rutina se volvió un eco interminable de clics y correcciones. Cada vez con más frecuencia, la pantalla parpadeaba con indicaciones sutiles. Notificaciones que consumían lentamente la credibilidad que tenía de mí misma sobre mi trabajo. Pues dicha ayuda se transformó en supervisión, y la supervisión en una censura silenciosa. Pero una noche, mientras la luna volvía a posarse sobre la ventana, la temida notificación apareció. No fue un error, ni una sugerencia. Fue una sentencia. En un recuadro NOVA-4.0 comunicó: “La automatización completa del proceso contable ha sido implementada con éxito”.

Fue así como todo mi esfuerzo se vio reducido a un ensayo previo para que NOVA-4.0 ocupara mi lugar. Formé parte de un experimento sin saber que lo era. A través de mi experiencia, la nueva adquisición de la empresa se alimentó, e incluso fue más allá de copiar patrones, comportamientos y razonamientos. Me visibilizó como obsoleta y mejoró aquella versión de mí. Todo perdió sentido, ya no importó la dedicación plasmada en las noches en vela, ni el desgaste de mis ojos frente a la pantalla. Ahora la empresa tenía algo “mejor”, una máquina que no se cansa ni se equivoca, y sobre todo, no representa un gasto en Estado de Resultados, un salario. Así, mi tiempo, mi vida y mis días en bucle se redujeron a un entrenamiento involuntario para mi propio reemplazo.

3. Bibliografía

- Alonso, J. A. A. (2014). LA IMPORTANCIA DE BRINDAR UNA FORMACIÓN HUMANÍSTICA, LECTORA Y ESCRITORA A LOS ESTUDIANTES DE CONTADURÍA PÚBLICA DE LA UNIVERSIDAD DEL QUINDÍO.
- Anderson, S., & Hosseini, A. (s. f.). Seeing is Believing: How VR and AR will transform business and the economy globally and in the UAE - PwC Middle East. Recuperado 13 de agosto de 2025, de <https://www.pwc.com/m1/en/services/consulting/technology/emerging-technology/seeing-is-believing-ar-vr-uae.html>
- Betancur, E. L. (2014). El ejercicio de la profesión contable en Colombia. Una mirada desde el paradigma contable del comportamiento basado en la conducta y el deterioro de la salud física y mental. *Revista En-contexto*, 2(2), 147-164. <https://doi.org/10.53995/23463279.140>
- Calva González, J. J. (2013). El mito de la caverna como acercamiento a las necesidades de conocimiento e información. *Investigación bibliotecológica*, 27(60), 07-11.
- Carmona Henao, F. V., & Muñoz Ruiz, J. A. (2020). Influencia de los avances tecnológicos en el ejercicio de la profesión de la Contaduría Pública. *RHS-*

- Revista Humanismo y Sociedad, 8(2), 6-21.
<https://doi.org/10.22209/rhs.v8n2a01>
- Carter, R. (2024, mayo 27). XReal Air 2 AR Glasses Review: Affordable Augmentation. XR Today. <https://www.xrtoday.com/augmented-reality/xreal-air-2-ar-glasses-review-affordable-augmentation/>
- Cruz-López, A., & López-Camacho, A. (2024). Competencias profesionales de los estudiantes de contaduría pública del TESSFP frente a la inteligencia artificial. *Pädi Boletín Científico de Ciencias Básicas e Ingenierías del ICBI*, 12, 86-92. <https://doi.org/10.29057/icbi.v12iEspecial.12169>
- Georgieva, K. (2024, enero 16). La economía mundial transformada por la inteligencia artificial ha de beneficiar a la humanidad. IMF. <https://www.imf.org/es/Blogs/Articles/2024/01/14/ai-will-transform-the-global-economy-lets-make-sure-it-benefits-humanity>
- Kahn, J. S. (1975). *El Concepto de Cultura: Textos Fundamentales* (escritos de Tylor (1871), Kroeber (1917), Malinowski (1931), White (1959), y Goodenough (1971)). Anagrama. <https://archive.org/details/kahn-j.-s.-comp.-el-concepto-de-cultura-textos-fundamentales-1975/page/n3/mode/2up>
- L. Williams, K., & Benson, S. S. (2025, abril 1). How accountants can balance technology and critical thinking. *Journal of Accountancy*. <https://www.journalofaccountancy.com/issues/2025/apr/how-accountants-can-balance-technology-and-critical-thinking/>
- Lessing, D. (1986). *Las cárceles que elegimos*. Plaza & Janés.
- OECD. (2019). *How's Life in the Digital Age?: Opportunities and Risks of the Digital Transformation for People's Well-being*. OECD. <https://doi.org/10.1787/9789264311800-en>
- Pérez-Martínez, K. S., Rodríguez-Patiño, I., & Luna-Mosqueda, S. S. (2019). Nivel de conocimiento de las Tecnologías Disruptivas en Educación Superior en estudiantes de la Universidad Autónoma de Nuevo León. *Vinculatégica EFAN*, 5(1), 527-536. <https://doi.org/10.29105/vtga5.1-941>
- Robert, F. (1993). *EL CABALLERO DE LA ARMADURA OXIDADA*.
- Rodrigues, R. (2021). *Automatización de la contabilidad y el futuro de la profesión contable*.